

Marsillach dedica sus memorias, *Tan cerca, tan lejos*,¹ a los que van a dejar de saludarle. Su petulancia le hace creer que todavía tiene amigos que van a dejar de serlo. Pero a Marsillach hacía tiempo que no le saludaba nadie. Él ha conseguido ese aislamiento afectivo con un proyecto de vida asentado en la pedantería, en el desprecio y la ofensa a su prójimo.

De las memorias de un hombre como Marsillach se esperaba que el legado de su riquísima experiencia teatral fuese iluminador; pero ¿a quién puede importarle que el urólogo le haya hecho un tacto rectal, como explica en la página 548? Esta impudicia sólo es explicable porque la egolatría de Marsillach le induce a pensar que su recto da para un debate nacional. Por otra parte, ¿hace falta un libro de casi seiscientas páginas para conocer con detalle sus continuas e impúdicas aventuras sentimentales? Para esos húmedos relatos, cualquier revista de "sexo rosa" hubiera sido un lugar más adecuado y menos engañoso.

Lo que sí reflejan esas memorias es la condición humana de su autor. Una condición llena de rencor y desprecio, incluso para los que creyeron ser sus amigos, como Adrià Gual, del que sólo nos lega un comentario miserable: que murió "en los lavabos del Casino de Barcelona" (pág. 375). ¿Es esa la única imagen que retiene del hombre que le proporcionó su mayor éxito artístico y económico, del hombre generoso, divertido, continuador de una estirpe de creadores teatrales, que lo dio todo y lo fue todo en teatro?

No es extraño que Marsillach no tenga amigos. En la página 403 cuenta su patética despedida del Centro Dramático Nacional (CDN): "Mi final en el Centro fue muy triste. Nadie subió a mi despacho a despedirme: quizá un gesto, una mirada... lo hubiera agradecido". ¡Qué desdichada habilidad la de Marsillach para conseguir que ni amigos, ni ayudantes, ni colaboradores, ni siquiera los habituales arribistas que revolotean ávidos oteando carnaza, le acompañaran al final de su etapa! Cuando un hombre sólo tiene enemigos, hay que pensar que no se ha merecido los amigos. Y Marsillach se ha ganado ese dudoso privilegio día a día, con dedicación y perseverancia, por eso sus memorias están llenas de frases que ilustran su talento; bastará con tres citas: "Mi indiferencia hacia el prójimo que forma mi oficio y sus barrios periféricos es abismal" (pág. 532); "No me importa lo que les ocurre a los demás" (pág. 302), y "Me tiene sin cuidado la opinión de mis

colegas" (pág. 500). ¿Qué gesto o qué mirada podía esperar Marsillach de colaboradores a los que continuamente despreciaba? Y no hay excepciones. Hasta su actual esposa, Mercedes Lezcano, sale mal parada en estas desdichadas memorias, ya que Marsillach cuenta en ellas que la engañó con otra mujer en Buenos Aires (pág. 453). El amor, la dedicación y el sacrificio de Mercedes, no merecían ese adulterio, ni, mucho menos, el escarnio de hacerlo público ante un millón de lectores.

Por eso, la frase "En mi libro no hay insultos" —que dijo Marsillach en el programa de televisión *Blanco y negro*, el día 1 de febrero de 1999— es, mediante una somera lectura, ridícula a fuerza de mendaz. Es comprensible que diga eso, también lo es que nadie le crea. Porque antes de editarse sus memorias, la editorial pasó las galeradas a *El Mundo* para que anticipara un reportaje y Javier Villán, que escribió sobre el tema un extenso reportaje el 31 de octubre de 1998, se limitó a seleccionar los impropiedades, las mofas, los dicterios, las maledicencias, que el libro contenía. Sin deseo de ser exhaustivo, éstos son algunos de ellos: esquinado, innoble, desastre, agrisado, zote, hipócrita, cerril, hispido, abyecto, avinagrado y jacobino. Sin embargo, Marsillach afirma en la página 279 que no ataca a nadie que no se pueda defender, pero al hablar de Moisés Pérez Coterillo, muerto hace tres años, le llama en la página 485: "feroz, bárbaro, irracional e inquisidor".

La lectura de este libro dejó estupefactos a quienes creían que Marsillach había escrito unas memorias iluminadoras. Pero poco podía esperarse del hombre chulesco y despiadado que declaró, en *El Público* de septiembre de 1989, un año antes de comenzar sus memorias: "No perdono ni olvido jamás, y disfruto mucho vengándome. En la profesión, el que me la hace, la paga. Al interesado le hago polvo".

De unas memorias escritas en edad crepuscular, debería esperarse, al menos, un punto de sinceridad. Pero Marsillach nos miente, ingenuo, creyendo que nos engaña. De todas sus mentiras, la más grande y demostrable —y por ello la más cínica— es la de asegurar que cuando contrató a Emma Cohen para sustituir a Serena Vergano en *Marat-Sade* fue la "única vez" en su vida en la que ejerció cierto nepotismo (pág. 311). Y vuelve a repetir su "insobornable" honradez en la página 502 al afirmar "no ejerzo ni ejerceré jamás ningún tipo de nepotismo." Lo dicho: sangrantemente claro.

Flaco de memoria, o astutamente desmemoriado, Marsillach olvida que la verdad duerme en las hemerotecas y en los programas de mano. Duerme, pero respira.

En 1976 contrató a su novia Mercedes Lezcano para intervenir en *Las arrecogías del Beaterio...*, lo volvió a hacer, imponiéndola, en *Noche de guerra* en el Museo del Prado en 1978 y, siendo ya su mujer, en la reposición de *El Tartufo* en 1979. Le dio un papel en la serie televisiva *Silencio... estrenamos*. Y continuó contratándola en el Teatro Nacional Clásico: en 1987 en *No puede ser el guardar a una mujer* y en 1989 en *El perro del hortelano*.

Quien desee hallar un término más preciso que el de nepotismo, deberá pensar en otro hecho no menos peculiar, como es el préstamo del decorado de *El alcalde de Zalamea*, obra estrenada por su CDN en 1988, a la compañía de Francisco Portes que llevaba en su reparto, en papel destacado, a la mujer de Marsillach.

El 23 de enero de 1998, Marsillach reinauguró el Teatro de la Zarzuela y no sólo volvió a contratarla, sino que encargó al crítico de *El País*, Haro Tecglen, un artículo para el programa. De una tacada, nepotismo y tráfico de influencias.

Pero con su hija Blanca, Marsillach no había sido menos Nepote. La contrató en *Mata-Hari* en 1983; en 1990 en *La noche toledana*, producida por el CDN; en *Feliz Aniversario* en 1991; y llegó incluso a subvencionar, cuando era director general de Teatro, una obra en la que ella trabajaba.

Pero debería aclararse que no es nepotismo rechazable contratar a familiares cuando la empresa es privada, porque con el dinero propio el empresario puede hacer lo que le convenga. Pero es una inmoralidad hacer lo mismo desde un cargo público en una compañía nacional, pagadas ambas cosas con los impuestos de todos los españoles.

Si desde la cúpula de influencia política se destila una verbigracia tan escasamente edificante, ¿qué hay de extraño en que toda la sociedad crea que ese tipo de prácticas está legitimada? Por eso, lo grave no es que Marsillach sea un corrupto, sino que, por su ejemplo como político, sea un corruptor.

También de su paso por el Gobierno podría haberse obtenido una reflexión sobre el poder, pero la frivolidad de Marsillach resulta irritante y en sus memorias cruza de puntillas por ese momento de su vida, lo cual es lógico, porque como él reconoce en la página 485 "Llegué con ganas de mejorarlo todo y me fui con el dolor de no haber mejorado nada". ¿Cómo iba a mejorar algo un hombre que en sus primeras declaraciones (*El País*, 14 de julio de 1989) afirmó que había aceptado el cargo "por curiosidad" y seguidamente arremetió contra los actores, acusándoles en estos términos: "El actor está empezando a tener vocación de funcionario. Y si sigue regulando de esa forma su trabajo, acabará convirtiéndose en un oficinista. Me preocupa la ética del actor, de la que tan poco se habla. Los actores de antes amaban más el teatro". No escarmentó ante las críticas y el 14 de noviembre de 1989 volvió a declarar a *El País*: "Con mi máximo respeto para los miembros de la Orquesta Nacional, a mí, en mis apetencias culturales, me interesa más Tirso." Teniendo en cuenta que su Compañía Nacional de Teatro Clásico (CNTC) acababa de estrenar *El vergonzoso en palacio*, precisamente de Tirso, debía interpretarse de sus declaraciones que se prefería a sí mismo, antes que a la Orquesta Nacional.

Marsillach dimitió del cargo al año y cinco meses. Y de la misma manera que Semprún quiso salvarse para la Historia con sus declaraciones

en agosto de 1990 en las que atacaba —cuando ya todos lo hacían— a Alfonso Guerra, Marsillach quiso salir airoso del Instituto Nacional de las Artes Escénicas y de la Música (INAEM) con una orden ministerial de fomento al teatro, cosa que no consiguió.

¿Qué caprichoso deseo impulsó a Marsillach a bajar hasta la política, en un momento, además, en que los sótanos estaban anegados por oscuras razones de estado? ¿Tanta era su vanidad que creyó poder salir incontaminado del ingreso en la OTAN, del transfugismo, del GAL, de Damborenea, de la venta de armas a las dictaduras del tercer mundo, de los Guerra y de las financiaciones ilegales, entre otras muchísimas cosas? ¿Cómo, una personalidad que se había autoproclamado irreductible, creyó que el Poder iba a excluirle del amasijo, permitiendo que se salvara de la contaminación?

El mismo descontento, la misma desesperación que encontró Marsillach a su llegada, le despidió a su salida. Sólo rieron —poco— los que fueron subvencionados, y le odiaron, como de costumbre, los de siempre, o sea, casi todos. Poca era, pues, la gratitud que la profesión debía a Marsillach, pero fue mucha menos cuando el 9 de noviembre dio a conocer en los medios públicos su dimisión, por la insólita razón de que deseaba dirigir en el teatro Marquina su propia obra, *Feliz cumpleaños*. Si fue un capricho aceptar el cargo, dejarlo por dirigir una comedia, era un desprecio. La lectura que se debía hacer de ese estreno es más profunda y desesperanzadora, pues en definitiva, el autor que había escrito un texto calificado unánimemente por la crítica de tópico, insustancial, plano, inverosímil, grotesco, leve, convencional, aburrido, inútil, viejo y caduco, era el mismo que había sido, durante más de un año, el responsable del destino teatral del país. Las primeras declaraciones de Marsillach como director general en *El País* del 14 de julio de 1989, habían sido tan significativas como desventuradas: "Es más prioritario que se llenen las salas a que se haga un teatro de calidad". Era lógico que tras su salida del Ministerio, el teatro burgués, el más zafiamente comercial, el menos progresista, se hubiera reforzado como nunca. Los grandes éxitos de esa temporada en Madrid fueron *Rosas de otoño*, de Benavente, *Celos del aire*, de López Rubio, una obra de Calvo Sotelo y tres obras —¡tres!— de Alonso Millán.

Estas desdichadas memorias destilan rencor. Y no se entiende que Marsillach lo tenga si durante toda su vida ha disfrutado de más privilegios que nadie. Sin embargo, ha sabido crearse una fama de rebelde que contrasta con el hecho comprobable de que de su rebeldía ha obtenido los mayores beneficios durante todos los regímenes políticos que ha habido en España desde 1940: fascistas, de centro, socialistas y de derechas. Por alardear de rebelde le zurró Emilio Romero cuando Marsillach le acusó en *Interviú* de franquista. Marsillach lanzaba piedras a los tejados ajenos, siendo el suyo de cristal. Por eso Romero le dejó K.O. en sus "Crónicas malditas" del 3-9 de agosto de 1978, de la misma revista, limitándose a contar los beneficios obtenidos por Marsillach, en su pasado "rebelde": "Si tú eres Adolfo Marsillach, gran director escénico, estupendo actor y amante de la libertad, todo eso se ha pro-

ducido durante el tiempo del Régimen que detestas. Pero además el Régimen ha sido contigo comprensivo, liberal y generoso. Fuiste director del Teatro Español —un teatro nacional— (...). Inauguraste el Teatro Nacional de Cámara y Ensayo con *Marat-Sade*, naturalmente subvencionado (...). Tomaste parte también —y subvencionado— en los festivales de España (...) y fuiste actor durante largas temporadas —y muy justamente— en los teatros nacionales (...). Por todo ello te dieron un día el Premio Nacional de Teatro. Todo eso fueron los grandes cimientos de Marsillach, a los que contribuía la dictadura desde el Ministerio de Información ¿Qué es lo que hacía la dictadura contigo? Pues no tenerte en el exilio como a Arrabal o Alfonso Sastre, sino darte escenarios y dineros".

También Delfín C. Marshall lo definió muy bien en *Diario 16*: "Creo que usted pertenece a la clase de los protestadores de mentirijillas. Y la prueba es que usted tuvo abiertas las puertas de la televisión cuando era reducto de la dictadura y estaba a las órdenes del franquismo. Por eso ahora molesta a cuantos estuvieron silenciados o perseguidos que usted continúe como si aquí no hubiera pasado nada, que siga pontificando y dándoselas de demócrata, cuando fue uno de los niños mimados de una dictadura, y menos que incluso critique a quienes fueron de verdad amantes de la libertad y sufrieron por ella".

Se puede aceptar que se viva en el franquismo, incluso del franquismo, pero no que, además, se hagan declaraciones jactanciosas de ser un hombre de izquierdas.

Como escribió Javier Ortiz el 26 de marzo de 1997 en *El Mundo*: "Comprendo que hay que comer y que a todo el mundo le hace falta que alguien le pague la comida. Pero conviene distinguir entre la gastronomía y la coprofagia".

Marsillach dice en sus memorias que siempre le llaman para dar a los proyectos un tono de rebeldía. El problema no es que le llamen, sino que él siempre acepte. Su apego a los cargos volvió a ponerse de manifiesto cuando en las elecciones de 1996 afirmó que no estaría "ni un minuto en el cargo si ganaba el PP". Pero cuando el PP ganó, Marsillach se mantuvo en un provechoso silencio, sin cumplir su promesa de dimitir, porque como declaró a *Amilibia* el 20 de junio de 1996: "Yo primero soy un profesional y luego tengo mis ideas, no al revés". Con esa ética de flotador, hubiera permanecido anclado en el cargo de director del CNTC, de no ser porque, coherentemente, el Ministerio de Cultura le cesó. Sólo entonces, Marsillach volvió a afirmar su izquierdismo. Si Camus dijo que el hombre rebelde es el que dice *no*, Marsillach es poco rebelde.

Esa fe de carbonero es la misma que la de otro amigo de Marsillach, el crítico de *El País*, Eduardo Haro Tecglen, cuyo pasado filofascista se hubiera olvidado, como el de otros, de no ser porque, creyéndose autorizado por su izquierdismo ejemplar, se permite acusar a los demás de lo que él fue, hasta el punto de considerar a Buero Vallejo no sólo reaccionario, sino en con-

nivencia con el PP. "Buero [es] un hombre dudoso, mentiroso, que se hace pasar por buena persona y que luego va a visitar a Aznar y al ABC" (*Tribuna*, 29 abril de 1996). Pero acusar a otros —falsamente, además— de lo mismo que uno ha sido, es el mayor de los cinismos. Porque Eduardo Haro Tecglen, el "rojo", tal y como a él le gusta autodefinirse con jactancia, había escrito en el diario *Informaciones* artículos en honor de Francisco Franco y José Antonio Primo de Rivera. En uno de ellos, fechado el 20 de noviembre de 1944, escribió: "Se nos murió un Capitán, pero el Dios Misericordioso nos dejó otro. Y hoy, ante la tumba de José Antonio, hemos visto la egregia figura del caudillo Franco. El mensaje recto de destino y enderezador de historia que José Antonio traía es fecundo y genial en el cerebro y en la mano del Generalísimo...". Naturalmente, estos artículos, han sido astuta y cobardemente omitidos por Haro en su libro de memorias *El niño republicano*,² cuyo título indica, una vez más, su deseo de pasar por lo que no es.

Haro, creyéndose protegido por *El País*, se ha mostrado siempre como un izquierdista ejemplar, igual que Marsillach, protegido por su fama, se ha creído con permiso para insultar con absoluta impunidad.

Tampoco se puede decir nada excesivamente favorable del estilo literario de estas impúdicas memorias, pues, además de laísmos, sustitución de ideas por onomatopeyas, errores de concordancia, uso erróneo de las formas verbales, farragosidades y un sinnúmero de coloquialismos sin imaginación, en la página 531 da una prueba de desconocimiento absoluto de las normas gramaticales al escribir sobre el entierro de Cytrinski: "...lo enterramos en un pueblo de la sierra junto a su compañero Skip Martinsen". Por mucho que el Sr. Martinsen amara a Cytrinski es bastante improbable que deseara ser enterrado vivo con él.

Decía un compatriota de Marsillach, Eugenio D'Ors, que el estilo es como las uñas: es más fácil tenerlas brillantes que limpias. Este libro está lleno de frases pretendidamente brillantes que no logran ocultar los vacíos, y ello es debido a la poca base intelectual de Marsillach, aspecto que le impide convertir sus opiniones en ideas. Él lo ha reconocido en una larga entrevista que le hizo Juan Antonio Hormigón en la revista *ADE* de enero de 1999: "Conozco mis lagunas y mis desiertos. Yo no sabría escribir un libro de ensayo". Efectivamente, escribir memorias lo puede hacer cualquiera, escribir ensayos, no. Y aunque Marsillach haya sido sincero reconociendo sus limitaciones, es indigno sustituir la reflexión y el argumento por el insulto y el rencor.

Decía Conchita Montes que unas memorias son como mirar un pañuelo en el que te has sonado. Marsillach todavía no había escrito las suyas, pero la Montes siempre tenía intuiciones.

NOTAS

1. Tusquets Editores: Barcelona, 1998
2. Editorial Alfaguara: Madrid 1996



Àlex Casanovas i Vicky Peña a La reina de bellesa de Leenane, de Martin McDonagh. Direcció: Mario Gas. Teatre Villarroel, octubre de 1998. (Fotografia: Ros Ribas).